

Plaza pública

para la edición del 3 de octubre de 1995

Transición a la española

Miguel Ángel Granados Chapa

El lunes de la semana pasada, el secretario de Gobernación Emilio Chuayfett asistió a una comida en Los Pinos, ofrecida por el Presidente Zedillo al ex presidente del gobierno español Adolfo Suárez. El viernes siguiente, al asumir la presidencia del Instituto Federal Electoral, Chuayfett comparó en algo la transición española al actual proceso político, eso que no podemos todavía llamar la transición mexicana. En aquella, dijo, se llegó a "la ley por la ley", es decir, se consiguió una transformación de las instituciones surgida de las instituciones mismas.

El gran operario de esa tarea en España, en 1977, fue precisamente Suárez, cuya presencia en México no fue aprovechada suficientemente. El relato de su experiencia transformadora, si bien no es desconocido, habría cobrado especial significación en esta hora mexicana, como lo muestra la tenue referencia del secretario de Gobernación. A sus 63 años, cumplidos precisamente al comenzar su visita a México, hace una semana, Suárez está en plena madurez, y aunque está retirado (y se diría que desilusionado) de la política, de tanto en tanto los españoles vuelven sus ojos hacia su figura, cuya serenidad tanto contribuyó al éxito de la democracia

española concretada en la Tercera república disfrazada de monarquía constitucional.

Hombre del sistema, que había recorrido toda la escala burocrática hasta llegar a ministro, secretario general del Movimiento (algo semejante a la jefatura nacional del PRI, si éste fuera formalmente parte del gabinete presidencial), Suárez fue escogido por el Rey Juan Carlos para encabezar el último gobierno del franquismo y el primero de la nueva era. Fue la suya una misión peligrosa, porque tras la muerte del Caudillo en noviembre de 1975 las fuerzas del tradicionalismo se avivaron temerosas del cambio. Dentro de su gabinete mismo, Suárez tuvo que enfrentar con mano firme la oposición conservadora ante mutaciones que el fundamentalismo de entonces sin duda consideraba demoniacas, como la legalización de los sindicatos y de los partidos que sobrevivieron en la clandestinidad.

Al conseguir los pactos de la Moncloa, la nueva Constitución y la cauda legislativa que la siguió, Suárez tenía al mismo tiempo que ofrecer garantías al inmovilismo y abrir espacios para las nuevas presencias políticas españolas, las que habían hibernado en el franquismo y las que llegaban con los vientos europeos a que España debía abrirse. Esa es quizá su mayor lección de estadista: desmontó lentamente un viejo aparato al mismo tiempo que construía los mecanismos de repuesto, entre acusaciones de traición y señales de desconfianza. Por haberlo conseguido, Suárez dice de sí mismo que es un gran político al frente del Estado.

Pero también se autocritica al reconocerse menos diestro para las maniobras que requiere dirigir un partido de barones, una coalición de intereses que no se adecuaron a una disciplina y una lealtad partidaria. Triunfador de dos elecciones legislativas, gobernó siempre en minoría (lo que a su juicio es saludable, porque garantiza que las decisiones se adoptan tras la consulta y la negociación) y dimitió cuando se hartó del doble juego de algunos de sus ministros.

Todavía pudo, sin embargo, dar una enseñanza postrera. Estaba por entregar el gobierno cuando el 21 de febrero de 1981 se produjo el *tejerazo*, la última (quizá) intentona militar por retornar a la España una, grande y católica. Habló brevemente del episodio, en una comida privada, instado por Antonio Asensio, el magnate español de la información que lo acompañó durante su estancia en México. Sin embargo, se mostró remiso a recordar cómo su valor personal fue determinante para frustrar el golpe de mano basado en el engaño.

Fue más reticente aún cuando se le preguntó si volverá a la política activa, como parecen demandarlo los votantes españoles, que se saciaron (y no pocos se asquearon) del felipismo (que no socialismo) y no confían demasiado en el Partido Popular. Suárez se ha quedado sin partido (después de que su Centro Democrático Social no tuvo larga andadura), pero tiene un patrimonio de prestigio y expectativas que puede ser redituable. Sin embargo, Suárez dice estar impedido por dos obstáculos. Uno es institucional, y consiste en su propósito de no irrumpir en la institucionalidad de los

partidos, que deben consolidarse. El otro, de orden personal, entraña un drama y una nueva lección.

Su mujer y una de sus hijas están gravemente enfermas. Con ambas viajó Suárez a México, pues dedica íntegramente su tiempo a hacerles compañía. Atenderlas, además, reclama no sólo tiempo y dedicación, sino también dinero. El tratamiento de su hija, parte del cual transcurrió en Carolina del Norte, ha supuesto erogaciones hospitalarias onerosas, agravadas por la necesidad de mantener en torno de la paciente un clima emocional propicio a la recuperación.

Tanto ha tenido que invertir Suárez en ese trance, que dejó de pagar la hipoteca de su casa en Avila, donde nació, y un banco la ha rematado. Podría el ex presidente del gobierno dar a la imprenta sus memorias (tiene ya 800 páginas de notas) y ganar dinero pronto con la venta de ese probable bestseller. O podría acudir a sus amigos en el gobierno, al Rey mismo, en busca de auxilio. Pero no lo ha hecho, por un hondo sentido de la dignidad.

Y sin malinchismos uno piensa que no bastaría importar a México los mecanismos de la transición española, sino que también se requieren prendas como esa que da lustre a don Adolfo Suárez González.

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Transición a la española

Pudo haberse aprovechado más fructuosamente la presencia en México del ex presidente Adolfo Suárez, operario de la gran tarea transformadora que desmontó el franquismo y estableció la Tercera república, disfrazada de monarquía constitucional.



EL LUNES DE LA SEMANA PASADA, EL SECRETARIO de Gobernación Emilio Chuayffett asistió a una comida en Los Pinos, ofrecida por el presidente Zedillo al ex presidente del gobierno español Adolfo Suárez. El viernes siguiente, al asumir la presidencia del Instituto Federal Electoral, Chuayffett comparó en algo la transición española al actual proceso político, eso que no podemos todavía llamar la transición mexicana. En aquella, dijo, se llegó a "la ley por la ley", es decir, se consiguió una transformación de las instituciones surgida de las instituciones mismas.

El gran operario de esa tarea en España, en 1977, fue precisamente Suárez, cuya presencia en México no fue aprovechada suficientemente. El relato de su experiencia transformadora, si bien no es desconocido, habría cobrado especial significación en esta hora mexicana, como lo muestra la tenue referencia del secretario de Gobernación. A sus 63 años, cumplidos precisamente al comenzar su visita a México, hace una semana, Suárez está en plena madurez, y aunque está retirado (y se diría que desilusionado) de la política, de tanto en tanto los españoles vuelven sus ojos hacia su figura, cuya serenidad tanto contribuyó al éxito de la democracia española, concretada en la Tercera república disfrazada de monarquía constitucional.

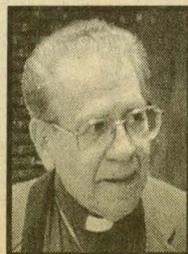
Hombre del sistema, que había recorrido toda la escala burocrática hasta llegar a ministro, secretario general del Movimiento (algo semejante a la jefatura nacional del PRI, si éste fuera formalmente parte del gabinete presidencial), Suárez fue escogido por el rey Juan Carlos para encabezar el último gobierno del franquismo y el primero de la nueva era. Fue la suya una misión peligrosa, porque tras la muerte del Caudillo en noviembre de 1975 las fuerzas del tradicionalismo se avivaron temerosas del cambio. Dentro de su gabinete mismo, Suárez tuvo que enfrentar con mano firme la oposición conservadora ante mutaciones que el fundamentalismo de entonces sin duda consideraba demoniacas, como la legalización de los sindicatos y de los partidos que sobrevivieron en la clandestinidad.

Al conseguir los pactos de la Moncloa, la nueva Constitución y la cauda legislativa

que la siguió, Suárez tenía al mismo tiempo que ofrecer garantías al inmovilismo y abrir espacios para las nuevas presencias políticas españolas, las que habían hibernado en el franquismo y las que llegaban con los vientos europeos a que España debía abrirse. Esa es quizá su mayor lección de estadista: desmontó lentamente un viejo aparato al mismo tiempo que construía los mecanismos de repuesto, entre acusaciones de traición y señales de desconfianza. Por haberlo conseguido, Suárez dice de sí mismo que es un gran político al frente del Estado.

Pero también se autocritica al reconocerse menos diestro para las maniobras que requiere dirigir un partido de barones, una coalición de intereses que no se adecuaron a una disciplina y una lealtad partidaria. Triunfador de dos elecciones legislativas, gobernó siempre en minoría (lo que a su juicio es saludable, porque garantiza que las decisiones se adoptan tras la consulta y la negociación) y dimitió cuando se hartó del doble juego de algunos de sus ministros.

Todavía pudo, sin embargo, dar una enseñanza postrera. Estaba por entregar el gobierno cuando el 21 de febrero de 1981 se produjo el Tejerazo, la última (quizá) intencional militar por retornar a la España una, grande y católica. Habló brevemente del episodio, en una comida privada, instado por Antonio Asensio, el magnate español de la



Aunque tal vez podría hacerlo con éxito, Adolfo Suárez se muestra renuente a volver a la política, impedido entre otras razones por las graves enfermedades que afectan a su mujer y a una de sus hijas.

información que lo acompañó durante su estancia en México. Sin embargo, se mostró remiso a recordar cómo su valor personal fue determinante para frustrar el golpe de mano basado en el engaño.

Fue más reticente aún cuando se le preguntó si volverá a la política activa, como parecen demandarlo los votantes españoles, que se saciaron (y no pocos se asquearon) del felipismo (que no socialismo) y no confían demasiado en el Partido Popular. Suárez se ha quedado sin partido (después de que su Centro Democrático Social no tuvo larga andadura), pero tiene un patrimonio de prestigio y expectativas que puede ser redituables. Sin embargo, Suárez dice estar impedido por dos obstáculos. Uno es institucional, y consiste en su propósito de no irrumpir en la institucionalidad de los partidos, que deben consolidarse. El otro, de orden personal, entraña un drama y una nueva lección.

Su mujer y una de sus hijas están gravemente enfermas. Con ambas viajó Suárez a México, pues dedica íntegramente su tiempo a hacerles compañía. Atenderlas, además, reclama no sólo tiempo y dedicación, sino también dinero. El tratamiento de su hija, parte del cual transcurrió en Carolina del Norte, ha supuesto erogaciones hospitalarias onerosas, agravadas por la necesidad de mantener en torno de la paciente un clima emocional propicio a la recuperación.

Tanto ha tenido que invertir Suárez en ese trance, que dejó de pagar la hipoteca de su casa en Avila, donde nació, y un banco la ha rematado. Podría el ex presidente del gobierno dar a la imprenta sus memorias (tiene ya 800 páginas de notas) y ganar dinero pronto con la venta de ese probable bestseller. O podría acudir a sus amigos en el gobierno, al Rey mismo, en busca de auxilio. Pero no lo ha hecho, por un hondo sentido de la dignidad.

Y sin malinchismos uno piensa que no bastaría importar a México los mecanismos de la transición española, sino que también se requieren prendas como esa que da lustre a don Adolfo Suárez González.

•••

CAJÓN DE SASTRE

Treinta años después de que se eclipsó su estrella política, murió Donato Miranda Fonseca, que pudo haber sido sucesor del presidente López Mateos. Ambos, y el tercero en discordia, Gustavo Díaz Ordaz, fueron senadores entre 1946 y 1952, y anudaron allí una amistad que sólo se rompió cuando López Mateos debió optar y escogió a "Gustavito" como llamaba a su sucesor. Alcalde de Acapulco, diputado local y federal, tras el Senado Miranda Fonseca presidió el tribunal superior de justicia del Distrito y Territorios Federales. Como secretario de la Presidencia hubo quien lo llamara "el ministro del odio"